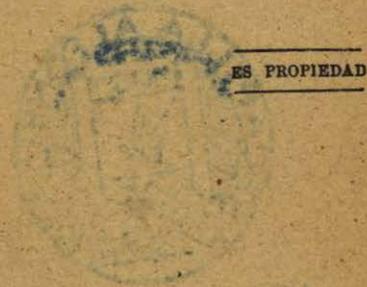


PA 6623

A82

A72

1910



ES PROPIEDAD

CARTAS DE TE-  
RESA ALCARAZ  
Á CARLOTA GUI-  
LLÉN, SU AMIGA

333



BRUSELAS, 6 DE AGOSTO, 1907

Carlótica mía: Sí, no te quepa la menor duda: puedes responder de ello, lo puedes jurar, hasta por la laguna Estigia, si te lo exigen. Es cierto, ciertísimo, es indudable, aunque á tí te parezca inverosímil. De los enérgicos puntos de admiración con que has amenizado tu carta, deduzco lo intenso de tu sorpresa. Y me pregunto. ¿después de todo, hay realmente motivo para asombrarse tanto? La conciencia me responde? ¡¡¡No!!!, así, con tres admiraciones, por lo menos tan enérgicas como las tuyas. Ya presiento á través del espacio—y desde Bruselas á Valladolid le hay casi infinito—ya presiento, digo, Carlota de mi corazón, la sonrisa escéptica con que me adviertes: «La conciencia, Teresa, no es

más que una máquina de justificaciones, ¡desconfía de sus *dictados!*» Te obedezco, desconfío, dudo... y acabo por permitirte que sigas asombrándote. Diez minutos te doy, á partir del recibo de estas cortas letras. ¡Uno... dos... tres..... asombro concluído!

Después de lo cual, entramos en materia. Dialoguemos:

—¡¡¡Casada tú, Teresa!!! (Conste que aquí las tres admiraciones me han parecido casi ofensivas).

—(Humildemente:) Casada, ya lo ves.

—¿Pero con.....?

—(Con la misma humildad:) Ya lo ves...

—¿Y cómo ha sido eso?

—El amor todo lo justifica.

—¡El amor! ¿Es posible?

—No sé si es posible, pero es cierto.

—*¡Certum est quia impossibile est!* ha dicho...

—Tertuliano.

—¡Pero eso es absurdo!

—Un hecho, queridísima, no puede ser absurdo: es un hecho.

—¿Y qué ha dicho tu madre?

—«¡Hija, que seas muy feliz!»

—¿Y tu padre?

—Mi padre cree en el *imperativo categórico* y no ha dicho nada.

—¿Y Mariano?

—Mariano... que te lo diga él, si vais los dos este septiembre á la feria de nuestra histórica ciudad.

En fin, chiquilla que mi marido es un tesoro, un pozo de ciencia, un mar de amenidad, cariñoso, paciente, enamorado, sabio, y que estoy contentísima, ¿cómo no? de haberme casado con él, y que le quiero, le quiero, le quiero..... *hasta la pared de enfrente, y era á la orilla del mar*, como dice la copla.

Me exiges la «historia verídica y completa» para perdonarme el silencio relativo de estos últimos doce meses. Completa la tendrás, como función de desagravios: afortunadamente, como tú sabes bien, mi filósofo padre, trocando á cada uno de sus ocho hijos en un «conejito de Indias» de la Psicología, nos ha hecho adquirir desde la tierna infancia la tremenda costumbre del auto-análisis. Eduardo, José-Manuel, Enrique, Teresa, Juan, Andrés, Luis y Antonio Alcaraz han escrito su diario íntimo á partir de los ilusionados cinco años: parte de las sabrosas páginas andan há tiempo impresas para honra de la familia y provecho de la psicología infantil. Remuérdeme la conciencia, y acojo

gustosa esta ocasión de desahogar el remordimiento en tu pecho, remuérdeme, digo, del pecado de impostura para con la ciencia mi contemporánea: en cuanto me enteré—creo que fué entre los trece y los catorce—del valor experimental de mis confesiones, dime á escribirlas con la más Rousseaniana de las insinceridades: aquel angelical corazón retratado en correcta bastardilla, está bastante retocado, y aventaja al original en no pocos perfiles y quintas esencias. Teresita Alcaraz, en su diario íntimo, es una Teresita de laboratorio psicológico, un lindo pastiche de las más exquisitas Pamelas y los más virtuosos Grandissones. Mi pobre mamá se educó en colegio francés y yo pude leer en su meliflua biblioteca todas las «Veladas de la Quinta y del Castillo» habidas y por haber. Como el filósofo autor de mis días, aunque piensa hondo, escribe mal, no ha reparado nunca en los galicismos de mi juvenil estilo; así andan por España madamas Cottin y de Genlis reeditadas, en completo desconocimiento de causa, por el más profundo de los psicólogos españoles, el señor don Gabriel Alcaraz, autor de varios luminosos tratados sobre el alma española, y regente

de la escuela práctica en la Normal de X... (Callaremos el nombre de mi ciudad natal, ya que tú y yo lo sabemos de sobra y á la posteridad le importa poco).

Ibamos diciendo que desde niña adquirí la costumbre de escribir mis memorias: y ya que en el cuaderno oficial haya fantaseado más de lo justo, el prurito invencible de decir la verdad á toda costa, me ha llevado á escribir paralelamente un memorandum sólo para mí, en cuyas páginas, no escasas, van mis verdaderos *estados de conciencia*: á él he de acudir para satisfacer tu curiosidad, no sé si decir cariñosa ó maligna: guarda las cartas cuidadosamente: cuando te cases tú también, y tengas una hija, y vaya estando en edad de razón, podrás, leyéndolas de nuevo, meditar sobre los peligros que, para un corazón femenino de diez y siete años, están ocultos en el estudio de las ciencias naturales, y muy especialmente de la cristalografía. De este modo mis cartas vendrán á ser una obra ejemplar, que pasados veinte años de mi muerte, te doy permiso para que imprimas y divulgues.

Erase, pues..., pero mi marido me

llama: precisamente el museo de Historia Natural de Bruselas es una verdadera maravilla: el conservador de él y mi marido se conocían de sabio á sabio, y por correspondencia, hace ya más de cuatro lustros: hoy la ciencia belga se apresta á recibir á la ciencia española con todos los honores, y yo ¿podré no estar presente á la entrada triunfal de mi amado por las puertas del templo de la sabiduría?

Voy, pues, á ponerme guapa, y mañana hablaremos.

13 DE AGOSTO

Perdón, Carlota: si el mañana prometido—iba á decir ayer—ha tardado en llegar seis días con sus siete noches, no tengo yo la culpa; el tiempo y la felicidad son los verdaderos y únicos culpables. Los dulces momentos se atropellan ó se deslizan—elige tú el vocablo que mejor cuadre con tu concepto de la dicha—en confusión vertiginosa: ya de antiguo se conoce y comenta la voracidad del pasado que, en su ansia de asimilación, apenas otorga al presente la fugaz duración de un suspiro: dices «¡te adora!» y aun no terminaste de arti-

cular la apasionada frase, cuando ya pertenece á los siete mil siglos del ayer, ¡oh, pretérito eterno de la vida! ¡Y aún nos atrevemos á prometer «mañana!» El hombre es un monstruo de presunción.

Entre paréntesis, ¿no te parece admirable de sentido metafísico esto de que el decir hombre valga tanto como decir «humanidad», con mujeres y todo, mientras que cuando decimos «mujer» excluimos definitivamente hasta la sospecha de una existencia masculina? Hombreres somos todos, y mujeres nosotras, exclusivamente: luego no hay en la especie humana más que un ser diferente: la mujer. Es así que sólo lo diferente existe... ergo.... Carlota mía, ¿no saltas de gozo? Las mujeres somos, dentro de la humanidad, lo único real y positivo: los hombres son un mito, una fábula, que podemos versificar á nuestro antojo... Claro es que la mujer, poeta ó creador—según la equivalencia Shelleyana—hace su vida, porque así le place, de este lindo mito, y no puede quejarse de su suerte si la composición no sale á su gusto: todo fué mala elección de rimas ó de metros: yo he resuelto versificar la mía... ó el mío, en



MONTERREY, N. L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

madrigal heroico. Moraleja: «La mujer que con *su hombre* entre las manos, no acierta á ser feliz, merecida se tiene su desdicha... por tonta».

Y vamos á otro asunto. Quedábamos la semana pasado camino del Museo de Historia Natural de esta ciudad flamenca, bonita y silenciosa. Mi marido terminó de vestirse con indudable emoción: tanta que tuve que hacerle yo el lazo de la corbata; y no era el caso para menos.—Ya sabes que él, aunque oficial y accidentalmente catedrático de Cristalografía, es esencialmente paleontólogo. Habrás leído, ó no habrás leído, porque de tales heroismos no suele ser capaz sino el amor, su luminoso y voluminoso «Estudio sobre las especies desaparecidas». Pues bien; en el museo de Bruselas está la más luminosa manifestación de la más desaparecida de las especies. ¡Qué suerte tienen los belgas, hija! Por algo le llaman ellos á su tierra «l'heureux pays».

¿Tú has oído hablar de los *iguanodontes*? Allá en los tiempos pre-remotos, cuando la tierra no había tenido aun el honor supremo de ser contemplada por el hombre, es decir, mucho antes de que Adán ó Brahma ¡vaya usted á

saber! se entretuvieran en irles poniendo nombre una por una á las maravillas de la creación, afirma quien lo sabe que «el planeta que habitamos» era una inmensa selva ó cosa así, con árboles tamaños...! Y á la sombra de sus robustas frondas, se paseaban animales no menos robustos, aunque vegetarianos... Erase un periodo de transición: á saber, cuando los reptiles, á fuerza de arrastrarse, como la babosa de Hartzembusch, empezaron á desear un cambio de sport, y lenta pero definitivamente, se fueron transformando en aves. (Ya en el reptil, Carlota de mi vida, estaba potencialmente el hombre con su, digamos pre-nostalgia, de alas). El iguanodonte es como si dijéramos personificación, ¡perdón, Humanidad!, de este anhelo, inquietud hecha hueso y músculo, cosa fea, pero grandiosa ¡algo es algo!, libro á la ultramoderna, con mucha carne y poco estilo. Figúrate un ser—ya que de algún modo hay que llamarle—de diez metros de largo, alto en desproporcionada proporción, con cola de cometa, cabeza de caballo, patas—dos nada más—de mastodonte, y figúratele en esqueleto, negro—ha pasado siglos metido en una mina de carbón—montado en alambres, des-

comunal, espantoso, trágico... y figúrate que el mónstruo no es uno, sino una docena. Y ve añadiendo á la figuración que alguien, con vocación de autor dramático, ha colocado los unos esqueletos «en posición de vida» y los otros en «posición de yacimiento». La procesión macabra de mónstruos esqueléticos y vivos parece adelantar bajo la nave clara del museo; los caídos lo están en actitudes trágicas, como los encontraron en la hullera; parece ser que sucumbieron en lucha por la vida ó en trastorno terráqueo, de todos modos en gesto de grandeza digno de ser cantado por un Homero Iguanodonte; y allá están panza arriba, adivinándose entre el hueso negro la contracción que hubieron de tener los músculos ausentes en la hora ó en el instante de agonía ¡terribles, Carlota! Es el caso, según mis noticias, que, aunque sospechándola, los sabios dudaban de la existencia del iguanodonte. Bélgica halló de golpe en su privilegiado subsuelo la prueba, más que la prueba, el hecho, el ser, la realidad absoluta ¡y Europa la envidial

El conservador del museo ¡qué sabio más simpático!—Diez años más que mi marido, pero limpio, atildado, esquelé-

tico, amable y sonriente. Decididamente, la Paleontología es la mejor salsa para este sabroso bocado que llamamos marido. El conservador, digo, del Museo, que tuvo el honor de bajar en persona á la caverna—tumba de los susodichos colosos vegetarianos—nos ha contado, y es persona digna de crédito, que el difunto don Juan Vilanova vino desde Madrid á ver el portento ¡y lloró de gozo!

Mi marido no lloraba, porque es hombre que sabe dominarse, pero estaba conmovidísimo, y me apretó la mano. ¡Lo qué es la emoción conyugalmente compartida, chiquilla! Á mí me corrió un delicioso escalofrío desde las uñas de los pies á la raíz del pelo, como dicen las novelas francesas, y todo el aire de ópalo—la mañana estaba brumosa y tibia—se llenó de burbujas de dorada luz. ¡Bendito sea Dios que se digna guardar iguanodontes en conserva para regocijo de sabios y estremecimiento de esposas sensibles! Hasta cualquier «mañana», Carlótica mial

LONDRES, 30 DE AGOSTO

¡Eres inexorable, Carlota! Claro: la falta de experiencia que siempre origina

juicios precipitados, absolutos y poco benévolos, por carencia de datos. ¿Qué sabes tú, soltera infeliz, lo que es un viaje de boda, por la culta Europa, con mucho amor y poco tiempo, ya que, siendo el esposo catedrático, hemos de aprovechar para la felicidad viajera el plazo corto, y casi tan inexorable como tú, de las vacaciones de verano? Por eso te perdono tus insultos. ¿Qué no cumplo lo ofrecido? ¿Qué no te escribo? Es verdad. ¿Qué no me acuerdo de tí? Mentira: me acuerdo por lo menos seis veces al día, y me muero de ganas de comunicarte mis observaciones; pero siempre el recuerdo me acude sobre el terreno de la observación, y, desgraciadamente, suelo entonces no tener á mano papel ni pluma: no te amohínes, sin embargo, dulcísima, que nada pierdes por esperar: tengo yo una cabeza más segura que un libro de memorias, y en cuanto vuelva á mi tranquila X... mientras mi maridito esté en clase—ya que yo no tendré que asistir á ella—prometo poner en letra todos mis recuerdos, y enviártelos á correo continuo.

Te quejas, no sólo de mi silencio, sino de mis divagaciones: te interesa la historia de mi amor, y te hablo de especies

desaparecidas. Todo está en todo, ha dicho quien sabemos tú y yo; pero sobre todo no te enfades. Hoy voy á ser buena: mi marido ha ido por cuarta vez al Museo Británico, y á mí no me gusta volver con demasiada frecuencia al campo de las emociones: uno de los secretos de la felicidad está en «no insistir»; otro en saberse hacer echar de menos á tiempo. Hoy mi buen paleontólogo, bajo la luz discreta que ciernen los cristales de la nave, pensará con añorante melancolía, mientras contempla el único mechón de pelo del auténtico mastodonte ruso: ¡Y ella, qué no está aquí! Volverá pronto, y á la tarde nos iremos al río á pasear en barca como dos simples enamorados de cualquier siglo y de cualquier especie. Apresúrome, por lo tanto, á historiar, puesto que ya te veo fruncir el ceño.

Prolegómenos. Teresita Alcaraz entró á los cinco años en la escuela primaria que dirige en la Normal de la ciudad de X... su señor padre: la clase era de niños, con lo cual, desde su más tierna edad gozó las indudables ventajas de la co-educación. Su madre, señora excelentísima, educada con monjas francesas, se escandalizó un poco ante la novedad